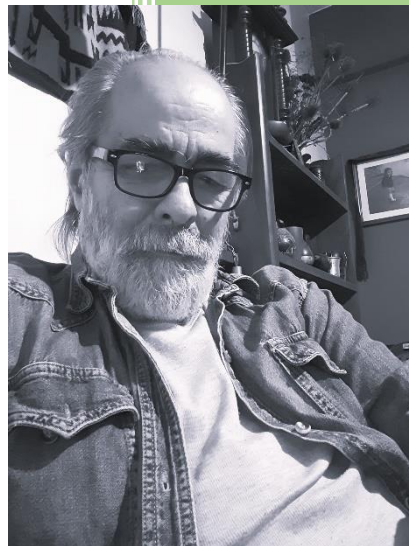


la estepa florecida

Alejandro Mendez Casariego



poesía

La huella del elefante

Nadie más recuerda al elefante de cartón.
Vaya uno a saber de qué escondite o recoveco
lo voy recuperando.
Parte de lo que fue debe existir aún
como pelusa o sedimento
o como polvo molesto en el agua de los ojos.
O quizás sobreviva casi intacto
en el espacio nunca hollado del cuartito del fondo.
De lo que no tengo dudas
es de haberlo visto venir
pisando las baldosas del patio o casi inmóvil,
con esa oscilación inexplicable
que suelen tener los elefantes
cuando están por llorar o desplomarse.
Su huella se instala en el principio
casi única, soberbia entre objetos de uso cotidiano
y escribe la primera cuartilla de la trama:
un apenas saber sobre las cosas:
cuerpo, sustancia y dolor de lo que empieza a ser.

Los geómetras

En resumen, obligamos a las cosas
a desplegarse dentro de sus límites, pero fuimos
en la prolija tarea de cortar por sus bordes
los planos de la lógica, tan ingenuos
que no vimos venir hacia nosotros
la larva del posible error, del caso no previsto
o la materia distinta,
no indicada en la nomenclatura
cuyo comportamiento errático demanda
puntos de vista móviles.

Cuando por fin lo supimos, era tarde
habíamos acostumbrado al mundo a número exactos,
a armonías inviolables.

Nuestra duda

finalmente devolvió los hombres a sus dioses,
el pánico a su lugar rector
y a nosotros

los geómetras

a nuestros cálculos sombríos,

que sólo serían considerados
cuando fuéramos arena en aquel territorio
que no requiere ser constatado ni medido.

(penates)

Este hombrecito
tallado sobre madera dura
es mi padre.

Los ojos, que son puntos
hundidos en un semblante tosco
parecen brillar de todos modos.

Más atrás, mis hermanos
trazados en un material noble
se pueden distinguir por la estatura
y aquello que
mirado desde cerca
podría decirse que son gestos
o actitudes.

Mi madre, en cambio, está fuera del círculo
pero no es una
sino dos sombras distintas:
una ampara y vigila.
La otra no.

La Muerte

Todo aquello que hacíamos
-lo que les voy contando- encerraba
alguna clase de peligro
pero nada era realmente mortal en aquel tiempo
más que Cristo en la cruz, y algunas vacas
que se pudrían debajo de los árboles
los cuerpos estampados y secos
de sapos sobre el polvo del camino
noticias que llegaban
pero que ya habían vaciado de pena
la distancia y la falta de interés.

Las gallinas eran otra cosa:
las conocíamos por el nombre
y su sacrificio, visible y cotidiano
era lo más cercano a la pérdida que podíamos asumir.

Nadie que importara murió en aquellos esos años
por lo tanto veíamos a la muerte
como la de esos extras
que hacían de Sioux en los largometrajes del oeste
muertos heroicamente en la primera batalla
pero cuyos fantasmas luchaban
con el mismo valor en la siguiente
en una secuencia sin fin que nos metió la idea
de que la vida era algo giratorio
que repetía para siempre las escenas

modificando el escenario
sin terminarse nunca.

La Calesita

En el arrabal del sueño dos gitanos
oscuros de café
desmontan una calesita
en el baldío que agoniza
justo frente a nuestra casa.

Liberan el eje
que está hundido en la tierra
hasta las raíces del hinojo
desarticulan sus brazos de mamboretá
que llevaron por el mundo circular
al Minotauro
a la berlina sin caballos
al fantasma de sombra prófuga
que hilaba miedos para niños entre los bastidores
y en ese espacio negro
detrás de los castillos pintados en la chapa
la bruja del dolor urde su trama infalible
para las noches del futuro.

En el invierno de antes
sobre una colcha de niebla
dos gitanos miran la borra del café
escupen en el fuego
detienen el giro de las cosas
cierran el cerco.



Sombras (Kage)

Si la luz del farol
no hubiera
tocada por la brisa
vacilado sobre tu semblante
y no se hubieran
perfilado las sombras
como fantasmas delatores sobre
lo más puro y verdadero
de tus rasgos
-no aquellos
revelados en la claridad del día
que atraviesa el papel
y todo lo empareja;
no los gestos aprendidos
en los preceptos del bushido
o en el tallado por la autoridad
que emana de quién eres
sino en lo que aquella vacilación
ese desplazamiento
tembloroso
del trazo de la luz
mostró por un instante-
no hubiese visto
al hombre
que en la menguada luz
aún me reconoce.

8

La mesa, en un extremo, cubierta
por un mantel amarillo, en una lámpara
grabados los signos de Esculapio:
la vara, la serpiente, las palabras
que nunca desciframos.
Así se instalan los primeros miedos.
La luz que proyectaba
la pantalla encerada
bajaba cónica, como un vestido de ángel.
Lo demás era oscuridad abierta
hacia la amenaza de los corredores.

El terror era una entidad hueca,
una certeza de ausencia
para siempre. Que ya nadie viniera
que no hubiera, en el pasillo,
ningún tránsito,
que nadie más entrara.

El primer miedo,
descubrimos después,
es parecido al último.

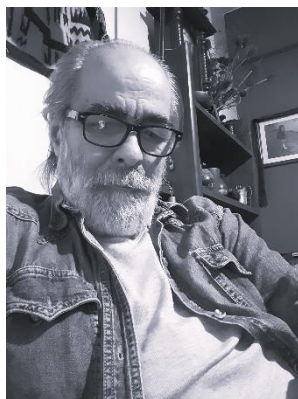
1

Dejar pasar el poema.

Permitir que ese impulso de belleza soplada,
simplemente gotee,
que sea breve el instante
en que la luz se imponga
y aérea la memoria.

No escribirlo,
para que crezca libre del sello de mi nombre
y no contenga ninguna circunstancia.

Allí estará, de todos modos
y será limpio y vasto su contorno.



Alejandro Mendez Casariego nació en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, en 1952. Estudió Profesorado de Historia en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Habiendo escrito prosa durante buena parte de su vida, sin llegar a publicar, se encontró con la poesía a fines de los 90. Codirigió el ciclo de poesía “El Orate y la Musa”, junto a Gerardo Lewin y José Emilio Tallarico durante más de una década. Junto con Gerardo Curiá y Lidia Rocha, condujo el ciclo Poesía de Verano, en los años 2020 y 2023. Coordinó el taller de poesía de La Calle Larga de Avellaneda durante algunos años, y varios talleres y clínicas de poesía y traducción desde el año 2002 a la fecha. Publicó los libros de poesía *El elefante de cartón* (Ed. Patagonia, 2003), *Los Réprobos* (Ed. Patagonia, 2007), *Los Dioses de Hogar* (editorial Deacá, 2015), *Pieles Rojas* (Editorial Deacá 2017), *La mujer del Samurai* (La Gran Nilson 2019), *Un lugar entre los ojos* (La gran Nilson, 2023) y *Punto de Fuga* (Mascarón de proa, 2024). Es autor de ensayos y traducciones de poesía del y al inglés. Vive desde 1986 en la Ciudad de Buenos Aires.

